

deleñdese, ni de conocer sídica á su asesino; pero como le quedaron todavía fuerzas, se levantó, salió de la tienda y dando traspiés huyó como un cobarde hasta ir á caer sin alientos en las orillas del Rio de San Marcos.

Estaba el indio debatándose allí en medio de un charco de sangre cuando abrió los ojos para ver lo que producía una algazara confusa que llegaba á sus oídos. En esos momentos apareció allí un hombre el mismo que le había herido con la espada en la mano, seguido de oficiales y soldados.

CAPITULO XLV.

EL PALMAR.

No podemos pasar adelante sin referir aunque sea someramente algunos otros sucesos que nos parecen de suma importancia, una vez que nuestro propósito de pintar á nuestros héroes con su verdadero carácter se liga con el deseo de consignar en servicio de nuestros lectores, todo aquello que les pueda ser agradable y de alguna utilidad en estas leyendas, ajustándonos renglon por renglon á la más estricta verdad histórica.

De media nacion casi que mandaba Cruz en tiempo de Venegas, extendiéndose sus dominios desde Guanajuato hasta Sonora y toda la costa del Pacífico, con la desmocha que le hizo Calleja le quedaron solo la Nueva Galicia ó Jalisco, y Zacatecas, en don-

de no obstante la limpia de insurgentes que le habia ayudado á hacer Negrete fusilando pueblos enteros, tuvo algunos dolores de cabeza un poco pesados como el del lago de Chapala que constituye una de las mas hermosas epopeyas.

El indio Encarnacion Rosas de S. Pedro Ixican, pueblo situado en las márgenes de la laguna, habia reunido unos veinte hombres para proclamar la independencia, cuando fué interrumpido en sus propósitos por el comandante de la Barca D. José Antonio Serratos que lo atacó de súbito, escapando aquel con la mayor parte de sus hombres; y apenas el gefe realista estaba saboreando su triunfo, pues que habia comenzado á prender fuego á las casas y á fusilar á diez infelices indios calificados de prisioneros, cuando á su vez le cayó Encarnacion Rosas reforzado con unos 30 hombres del guerrillero José Santa Ana, logrando quitarle las armas y hacer á toda su gente prisionera. Este fué el principio de otros varios triunfos sobre distintas partidas realistas, hasta que llamando la atención de Cruz tuvo que mandar hacer una campaña en toda forma al mando del teniente coronel Angel Linares con una respetable seccion de tropas.

Encarnacion Rosas y Santa Ana, luego que vieron que les destacaban fuerzas respetables, se refugiaron en la isla de Mescala que tenían fortificada y abastecida de provisiones, en donde fueron rudamente atacados por Linares que llevó su artillería é infantería en quince fuertes canoas construidas al efecto. Los insurgentes le dejaron acercarse hasta poner pié en

tierra y entonces cargaron sobre él con tal impetu que no le dieron tiempo ni para organizar la defensa, pereciendo con casi todos los suyos, de los cuales no escapó mas que el oficial Gallí con tres canoas desmanteladas, á quien dejaron vivo los de la isla para que fuera á llevar la noticia.

Después de algun tiempo se preparó otra gran expedición contra la isla mandada por el bravo general D. Pedro Celestino Negrete, llevando una escuadrilla formada de varias lanchas y canoas bajo la dirección del comandante de fragata D. Manuel Murga, pero el resultado fué casi tan funesto como el del ataque anterior, pues que el mismo Negrete salió herido, perdiendo sus lanchas, su artillería y gran número de hombres que quedaron prisioneros ó fuera de combate. Aunque siguieron otras muchas peripecias que colocan á Santa Ana y á Encarnación Rosas en el número de los héroes, por haberse sostenido en una lengua de tierra por muchos años contra tropas disciplinadas, abundantes en recursos y numerosas, no volvieron á sufrir un ataque en forma, sino que siendo bloqueados vinieron á capitular después de mucho tiempo, muy honrosamente.

Por las inmediaciones de Zacatecas andaba el brigadier Víctor Rosales, aquel que unas veces acompañaba á Hidalgo y á Rayón, otras se indultaba y en las mas obraba por su propia cuenta, á quien un religioso mercenario llamado Fr. J. Porrés le hizo creer que podía facilitarle la entrada á la ciudad y ayudarle á vencer á la guarnición realista con los elemen-

tos que tenía. Rosales, descansando en estas seguridades, se aventuró á acercarse con doscientos hombres que era toda la fuerza con que contaba, y notando que no se le resistía entró hasta la plaza y atacó el cuartel de los urbanos en donde quitó dos cañones; pero como el brigadier Irisarri estaba prevenido por el fraile, cargó luego sobre Rosales con sus reservas, haciéndole abandonar toda la artillería que habia tomado y algunos prisioneros que le fueron hechos en la refriega, entre los que se encontraba un hijo del mismo Rosales, de edad de once años. El pobre niño que habia sido ya herido en el alcance, fué mandado azotar en la misma tarde de la manera mas villana y dos dias después mandado fusilar á la vista de toda la consternada población, que no podia dar crédito á sus ojos de que hubiera hombre con entrañas tan negras que saciara sus enconos políticos en una inocente criatura. El brigadier Irisarri conquistó para sus sienes una corona no de laurel, sino de cierta especie que no puede nombrarse, por ese hecho heróico y glorioso. El nombre de Irisarri debe estar escrito en la historia con letras formadas con las suciedades mas grandes.

Iturbide se habia constituido en el rey del Bajío, al cual habia enrojecido, valga la figura, con la sangre de millares de insurgentes que habia inmolado. La palabra insurgente era aplicada á todo hijo de vecino, segun las circulares del virey, de modo que para hacer aquellas hecatombes tan frecuentes, no era necesario que hubiera combates ni prisioneros. Así fué

como Iturbide mandó sacar del convento de S. Francisco en Salvatierra al coronel Gonzalez y á otros muchos que no eran militares, que se habian refugiado en la iglesia como lugar sagrado.

Un indio llamado Hilario Rodriguez, guerrillero de á pié traia una compañía de cincuenta hombres armados de palos y fusiles de chispa en estado deplorable y con ellos atacó en la hacienda de San Antonio al capitan Gallardo y á veintidos soldados de su destacamento, matándolos á todos: entonces Iturbide mandó seguirle con cien dragones y habiendo logrado su aprehension fué descuartizado y su cabeza puesta en una pica en la plaza de San Miguel. En aquella venturosa época y en aquellas hoy florecientes poblaciones del Bajío, en vez de monumentos, kioskos y jardines, se veian cabezas de insurgentes clavadas en picas en las principales calles y plazas. Aunque los cadáveres que se colgaban estuvieran corrompidos, habia prohibicion, bajo pena de muerte, de descolgarlos.

El guerrillero Epitacio Sanchez atacó á Cuautitlan é hizo prisionero al comandante Manuel Moreno, que habia hecho ya numerosas víctimas, el cual cayó en union de otros ocho oficiales y soldados: todos fueron fusilados en represalia. En la accion habian muerto ademas diez y nueve realistas. Se ve por esto que los insurgentes se atrevian muchas veces á dar golpes de mano cerca de la capital.

Por esa misma época hubo un acontecimiento en México que pudo haber tenido grandes resultados.

Una riña de las que frecuentemente eran ocasionadas por el despotismo militar comenzó en el barrio de San Pablo el 17 de Octubre entre dos milicianos y tres soldados europeos: la gente del pueblo se agolpó en defensa de los primeros y los soldados del batallón de Castilla que estaban cerca acudieron tambien á defender á sus compañeros, formándose un motin en que hubo varios muertos y heridos y el cual se contuvo con dificultad por las tropas del gobierno.

El virey entonces mandó cubrir las alturas y avocar los cañones, estando los artilleros toda la noche con mecha en mano, y el dia siguiente expidió dos bandos: por el uno se imponian penas severas á los militares que se alejasen de sus guardias y por el segundo se prohibió á los paisanos el uso del lazo y portar armas aunque se les hubiera concedido algun permiso, teniendo pena de muerte los que ofendieran á los militares. Como una precaucion de mas importancia se aprovechó la fábrica de tabacos convirtiéndola en ciudadela, para lo cual se la rodeó de fosos y de murallas.

En esa época se perfeccionaron tambien los trabajos de la zanja cuadrada y se tomaron, en fin, cuantas medidas podian contribuir mas que á la seguridad de la poblacion al resguardo de la persona del virey, que era, como todos los primeros mandarines, sobre todas las cosas.

D. Nicolás Bravo, que era el mas jóven de los Bravo, pues que apenas contaba en aquella fecha 21 años, lleno como se encontraba de ardimiento patrió-

tico, no se resolvió á dar las espaldas al enemigo que formado de numerosos cuerpos, empezaba á acorralarlo en sus posiciones con el fin de destruirlo, segun los planes militares adoptados por Calleja, sino que por el contrario determinó jugar el todo por el todo, encerrándose con los cuatrocientos hombres de buena tropa que mandaba en el punto llamado Coscomatepec, pequeño caserío sobre una de las eminencias que rodean el pico de Orizaba.

Después de haber derrotado y rechazado á varios gefes que con fuerzas superiores habian estado atacándolo durante algunos meses, se mandó por fin á D. Luis del Aguila, oficial de gran gerarquía militar, el cual refiere así la situacion en un parte mandado al virey:

"Hoy llegué á esta villa de Orizaba y mañana salgo para Coscomatepec, cuyo sitio se halla en el mismo estado que en el primer dia y hoy peor, porque las tropas se hallan desanimadas y cansadas y los enemigos se fortifican mas y mas; veré lo que puedo emprender y avisaré á V. E., bajo el principio de que es preciso atacar en regla. Han sido muy considerables las bajas ocurridas y la caballeria acabó: los sargentos mayores Contí y Caminero, heridos gravemente: el capitán de cazadores de Asturias murió; el capitán Laiseca herido mortalmente, con otros oficiales. No puedo dar mas detalle, ni he tratado mas que de ir á San Juan, donde las armas del Rey empañaron no poco su brillo."

Aguila fué, pues, á reforzar á Cándano que seguía poniendo cerco á Coscomatepec, llegando allí con tropas de fresco, con buena artilleria y con muchos víveres y elementos de toda especie, de manera que en menos de quince dias hizo sus caminos cubiertos, sus obras de aproche y algunas minas que no tardarian en dar su resultado, segun los partes que mandaba; pero lo que mas alarmaba á Bravo, en medio de sus escaseces de parque y comestibles, pues ambas cosas quedaban ya muy limitadas, era el no recibir auxilios suficientes, pues el único que le ayudaba por fuera era el coronel Machorro con una poca de caballeria, el cual habia ya destruido varios destacamentos, y la circunstancia que se unia á la de no recibir auxilios, era la de que se estaban cubriendo cautelosamente todos los caminos por donde pudiera escaparse en caso ofrecido.

Bajo tales impresiones, sin confiar á nadie sus proyectos, en la noche del 4 de Octubre mandó enterrar las piezas de artilleria pequeñas é inutilizar las grandes, y reuniendo á todos los vecinos y á su reducida guarnicion en la placita, les manifestó su resolucion de abrirse paso y todos juraron allí ó salir ó perecer en la demanda.

Para mayor precaucion se dejaron encendidas las fogatas y se ataron unos perros á los cordeles de las campanas para que creyeran los realistas que eran los toques de ronda y que se menudeaban los de alguna alarma entre los mismos sitiados, cosa que poco debia importar. Así pudo Bravo salvar á toda la gen-

te del pueblo, cuyas pobres casas fueron quemadas al día siguiente por Aguila, que hizo la mayor cólera considerando inútiles sus trabajos de tantos días y de tantas noches, pues no le habían quedado mas que los perros para desquitarse, y en efecto se desquitó con ellos, pues que fueron quemados juntos con las miserables chozas de la poblacion.

Morelos, aunque estaba léjos, no habia abandonado á Bravo, y antes bien, luego que supo que se hallaba sitiado en Coscomatepec, dió orden á Matamoros para que fuera á auxiliarlo y este general se movió en el acto con ese objeto; pero como en el camino supo el desenlace de aquel sitio y que ya las tropas españolas que estaban en él se iban á ocupar en conducir un convoy á México, se emboscó, puede decirse, en la hacienda de San Pedro, camino de San Agustin del Palmar, y allí dictó por medio de la orden general las mas severas penas contra los soldados que volvieran la espalda al enemigo en el combate que iba á librarse, y mas aún, contra los que se distrajeran de sus faenas ocupándose en coger mulas cargadas, etc., diciendo ademas la forma en que debian atacar las columnas, con qué cuerpos debian formarse y cuáles gefes debian mandarlas.

—Señor, vino á decir á Matamoros uno de sus exploradores, ya viene el convoy extendido desde Quechola hasta el valle de San Agustin del Palmar.

—Mientras se sitúa en el lugar que deseo, podremos ponernos en camino contestó Matamoros.

Y poniéndose á la cabeza de sus tropas que arengó

con voz firme, se dirigió á encontrar la columna enemiga, que en efecto tenia ocupada una parte del llano de seis leguas de San Agustin del Palmar, dando órdenes inmediatamente al mayor Pozos para que con su regimiento se colocara á la retaguardia y atacara de firme, mientras que todas las guerrillas y restos de piquetes sueltos atacaban toda la línea que formaba el flanco derecho, reservándose el cura las mejores fuerzas para acudir en donde la resistencia se hiciera más enérgica.

Con estos ataques rápidos y bien dirigidos, aunque los realistas se defendieron bizarramente formando parapetos con las mismas cargas, el convoy tuvo que dividirse yéndose la mayor parte para Tepeaca perseguido por la caballeria. Entonces Matamoros cargó con sus reservas contra el batallon de Asturias mandado por Cándano que cubria la retaguardia, el cual en el acto formó cuadro y empezó á contramarchar paso á paso, siguiéndose entonces un combate nutrido en el espacio de dos leguas.

—Estos se me quieren escapar, exclamó Matamoros desesperado, viendo que una victoria tan segura parecia querer desvanecerse, y entonces mandó que se fuera á colocar una pequeña fuerza á la retaguardia, mientras él por el frente intentaba una manobra decisiva.

Esta manobra consistió en presentar unas guerrillas con instrucciones de desbandarse á la primera investida de los de Cándano, situando detras dos cañones cargados de metralla hasta la boca y una peque-

ña columna de infantería para protegerlos, mientras que el resto de la fuerza atacaría en el momento preciso por los flancos.

Su plan fué obedecido fielmente: las guerillas atacaron en falso y se desbandaron, Cándano destacó fuerzas á perseguirlas, Matamoros dió la voz de ¡fuego! en el momento oportuno, la metralla hizo destrozos en las columnas realistas, la reserva cargó sobre ella con ímpetu y entonces el batallón de Asturias, compacto, se rindió á los insurgentes al grito de ¡viva la América! pero esto en el momento de verse rodeado por todos lados y sin encontrar otra salida.

El botín de Matamoros despues de este triunfo, que fué uno de los más importantes en medio de aquella lucha porfiada de todos los días, consistió en 75 cargas del convoy, en más de quinientos fusiles, diez piezas de artillería, cerca de cuatrocientos prisioneros, entre ellos el coronel Cándano y muchos oficiales, habiendo hecho 215 muertos y una gran cantidad de heridos.

Despues de levantado el campo se dirigió Matamoros para San Andrés Chalchicomula, en donde celebró su victoria con Te Deum y otros regocijos, habiendo entregado los prisioneros europeos al tribunal de guerra para que los juzgara y sentenciara. Los españoles no daban cuartel y era preciso ejercer en ellos las represalias que provocaban con sus numerosas é injustas ejecuciones. Así es que el fallo no perdonaba á ninguno de los que habian sido cogidos con las armas en la mano; pero se presentaron á Matamoros

el cura y los principales vecinos pidiendo clemencia, y el caudillo independiente que la tenia de sobra, se conformó con la muerte de Cándano que habia sido cruel hasta la saciedad y perdonó á los demas oficiales y clases mandándolos para Zacatula.

En una modesta carta en que Matamoros rindió el parte de esta gloriosa jornada, decia á Morelos despues de habérsela descrito en todos sus pormenores:

“En cuanto á los 380 prisioneros solo han sido fusilados Cándano, á quien no podía perdonarse sino chocando con las leyes divinas y humanas y un capitán, que despues de perdonado huyó é hizo armas contra nosotros. Los demas ó han sido incorporados ó mandados á Zacatula, porque á mis sentimientos repugna mancharme las manos con la sangre de los vencidos.”

¡Qué gran corazón!